

Entre Frieria de Valverde y Mar del Plata

María Laura Díez y González

Un sorbo de mate y una rodaja de chorizo colorado con pan. Esta es una de las combinaciones más comunes de comida que estoy acostumbrada a observar y por qué no, a saborear, también cuando estoy en compañía de mis abuelos. (Nicolás González y Herminia Mezquita). De fondo, la mayoría de las veces, una voz que proviene del televisor confirma que está seleccionado el canal de televisión española internacional. Si es domingo, después de la comida siempre se recuerda alguna de las historias que surgen como consecuencia de las comparaciones entre algo sucedido en sus actividades actuales y situaciones que evocan viejos recuerdos de aquella, tan querida por ellos, Zamora de la primera mitad del siglo xx. “Yo –dice Nicolás– recorría todos los pueblos de la zona comprando y vendiendo ganado”, “Yo estuve en Zamora aprendiendo a coser y no me decidí a quedarme”, afirma Herminia.

Para reconstruir sus historias de vida he grabado sus relatos que escuché muchas veces y he conversado y cruzado algunas ideas con miembros de mi familia. También conseguí documentos que adjunto. Es que, aunque haya pasado mucho tiempo (cincuenta años), todavía afloran distintas anécdotas, o las mismas quizá ya por todos conocidas, de sus tiempos jóvenes en España. Cómo olvidar la historia del excelente bailarín de jota del pueblo, Aquilino Ferrero; o del borracho más famoso de la comarca, Aurete; o de aquella vez en que presenciaron cómo un amigo común comía insectos. Es que, aunque a veces parece que no nos importa o que es algo que no nos pertenece a nosotros, mi hermano y yo siempre terminamos, sin darnos cuenta, escuchando atentos los relatos de nuestros abuelos. Se trata de valiosas anécdotas y relatos que nos transportan a otra época y a otro lugar en el que se desarrollaron sus años de juventud.

Oírlos contar sus relatos produce una rara sensación ya que, en cierta medida, están teñidos de una gran nostalgia o morriña como ellos dicen. No se trata de un problema derivado de que en Argentina no se encuentren bien ya que poseen parte de su familia y además se han adaptado en gran parte. Pero, como siempre dicen, “la vida de los inmigrantes es muy dura, nadie debería salir de su patria, yo siempre se lo digo a los jóvenes que hoy quieren emigrar, les recomiendo que lo piensen bien”.

El pueblo al que aludimos es Frieria de Valverde, una población dedicada a las actividades agropecuarias a pocos kilómetros de Benavente, que actualmente tiene unos 300 vecinos. Allí residen las familias de mis abuelos. Se trata de familias numerosas dedicadas a las tareas habituales en la zona: cría de ganado lanar, agricultura, comercio. Mi abuela repite a nuestro pedido sus actividades en el campo: “íbamos a segar en verano y en la sementera con las vacas y el arado. También en invierno, hacíamos “droga” con una planta de jara que era como una vara larga que se pegaba en las manos y la vendían para hacer perfumes. Se arrancaba y se cocía en la dehesa del duque de Sotomayor y en la de La Guadaña”. Tampoco faltan las referencias a las comidas que tanto extrañan: “En invierno se hacía la matanza, en diciembre y enero, cuando se matan los cerdos era una fiesta en cada casa por las comidas que se organizaban y por la preparación de los chorizos y jamones para el resto del año”.

Mi abuelo cuenta sus anécdotas en las ferias de Benavente y Zamora y por el Valle del Tera y el Valle de Valverde cuando iba a comprar ganado y luego lo vendía en Frieria, donde tenían carnicería, y en otros pueblos. “Conocí a gente de todos los pueblos de los alrededores. En Puebla viví con mi abuela durante 3 ó 4 años y me iba en mula de Benavente a Frieria por Santa Cristina, pasaba por Mozar y por el encinar de la dehesa de Malucanes y si salía por la otra parte iba por Burganes pasando por el Castrón y el río y si no, por Villaveza y Naviazos”. Insiste con sus itinerarios y confirma sus conocimientos al insistir con más detalles. “En el camino a Benavente yendo a Tábara está Faramontanos y la dehesa del Duque...” Sus experiencias trascendieron el radio comarcal cuando hizo el servicio militar pues estuvo “en Valladolid en el regimiento San Quintín y luego en Pamplona, en Erro, donde pasé dos años con mucha atención aunque decían ya no había maquis”.

En mi caso particular debo reconocer que, cuando los escucho hablar de las situaciones pasadas, siento una mezcla de curiosidad y admiración porque me parece increíble la forma en que vivían, sobre todo porque para alguien que ha crecido en una ciudad y en una época marcada por los avances tecnológicos, todo lo relacionado con la vida de un pueblo en la meseta castellana, hace muchos años, me parece lejano y hasta en algunos casos increíble. Pero debo decir que aquí es donde reside mi interés. Me he cansado de preguntarles en innumerables ocasiones cómo hacían para vivir en aquella época con

aparentes dificultades, pero ellos simplemente me miran con una sonrisa y unos ojos nostálgicos recordando hechos del pasado con felicidad.

Los comienzos de esta historia fueron muy duros. Las imágenes de la salida de España y del posterior viaje y llegada a Argentina están teñidas de valoraciones relacionadas con el dolor por el desarraigo y el choque de culturas distintas, si bien parecen iguales en apariencia.

Con los recuerdos que nos brindan es posible establecer la visión que tuvieron de sí mismos, del medio receptor, de su interacción con el mismo, así como la perspectiva con la que desde el presente construyen esta historia. El recuerdo más triste que relata mi abuelo tal vez sea la imagen de su padre cuando los despedía al partir para América. “Cuando salí de Frieria fuimos a tomar el tren a Benavente, de ahí salimos a Vigo donde fuimos a tomar el barco. Y tengo un recuerdo de cuando vine y es que cuando tomé el tren mi padre me decía adiós con el pañuelo, ese es el recuerdo más triste”.

El viaje se presentaba como una oportunidad para mejorar la situación económica y se planteaba como una alternativa de trabajo que permitiría un pronto regreso en mejores condiciones económicas. Los años posteriores a la Guerra Civil no eran alentadores desde el punto de vista de un joven matrimonio que debía comenzar a organizar su vida en común. Mi abuelo cuenta que su padre “tenía comercio y estanco pero luego de la guerra lo perdió y lo golpearon porque su hermano, José, a quien luego mataron, participaba en política”. Faltaban recursos y no abundaban las oportunidades en un medio dominado por actividades agropecuarias o con algunas actividades comerciales, sobre todo itinerantes. “Mientras duró la guerra los hombres no estaban en el pueblo y las mujeres tenían que hacer todos los trabajos, luego tenían que ir a hacer el servicio militar por varios años y eran años que se perdían”.

En algunas oportunidades llegaban mercaderías, pero no todas eran legales ya que había contrabando con todos los riesgos que implicaba el “estraperlo”. En Zamora se conseguía telas y jabón, a veces café de Portugal, y al pueblo venía un hombre que paraba en la casa de mis padres, a modo de posada, haciendo estraperlo. Una vez lo seguía un hombre que venía a caballo, entonces escondió el dinero debajo de una piedra. Era fácil pasar a Portugal, la frontera se pasa en horas por Aliste, deben ser 40 kilómetros que se decían que se pasaban en una noche”.

Cuando decidieron viajar lo hicieron “porque creían que iban a mejorar”, pero un motivo muy importante para el desplazamiento fue el casamiento “por poderes” de Juana (hermana de Nicolás) con Víctor. “Yo vine por ella, porque se casó Juanita con Víctor si no, ni ganas que tenía de eso”.

Herminia afirma que vino “porque no me gustaba trabajar en el campo, ir a segar cuando no estaban los hermanos, levantar las gavillas de trigo, juntar los manojos. Esto pasó sobre todo a causa de la guerra pues los hombres

estaban en el frente. En este sentido, Herminia lamenta no haberse quedado en Zamora cuando tuvo oportunidad, debido a su apego al pueblo. Podría haberse trasladado a la ciudad de Zamora, pero no lo hizo porque la llamaron sus hermanos desde Argentina, “pensé que acá iba a hacer una vida de ciudad más tranquila”. Víctor y Gloria, hermanos de Herminia, habían llegado primero con una prima, Celerina, por ser más “aventureros”, y luego los “reclamaron”, “Gloria fue la primera y se quedó a trabajar con un primo: Valentín. Luego le llenaron la cabeza con América a Víctor y luego él nos convenció a nosotros”.

América constituía una esperanza alentada por testimonios de los familiares que los habían precedido en la misma experiencia y estaban en Mar del Plata. Por otra parte Bernardo, padre de Nicolás, había intentado a comienzos del siglo la aventura porteña por un breve período. “Mi padre vino y se volvió porque tenía que hacer el servicio militar. Ser desertor en aquella época era un delito, ahora ya no es nada...”

“La llamada” era una modalidad que se utilizaba eficazmente. Teniendo un familiar en el lugar de destino, en este caso dos hermanos, no sólo se posibilitaban las gestiones sino que se conocían de antemano las oportunidades laborales del medio. La familia en Argentina constituyó una referencia y guía imprescindible, el apoyo y el respaldo afectivo necesarios para compensar el abandono de sus familias y su patria. Estas circunstancias marcaron la vida de sus protagonistas y se la observa en casi todos los inmigrantes, que recuerdan en detalle el nombre de los barcos y la nacionalidad de la empresa a que éstos pertenecían, la fecha de partida y la de arribo al puerto de Buenos Aires, y las condiciones precarias del viaje.

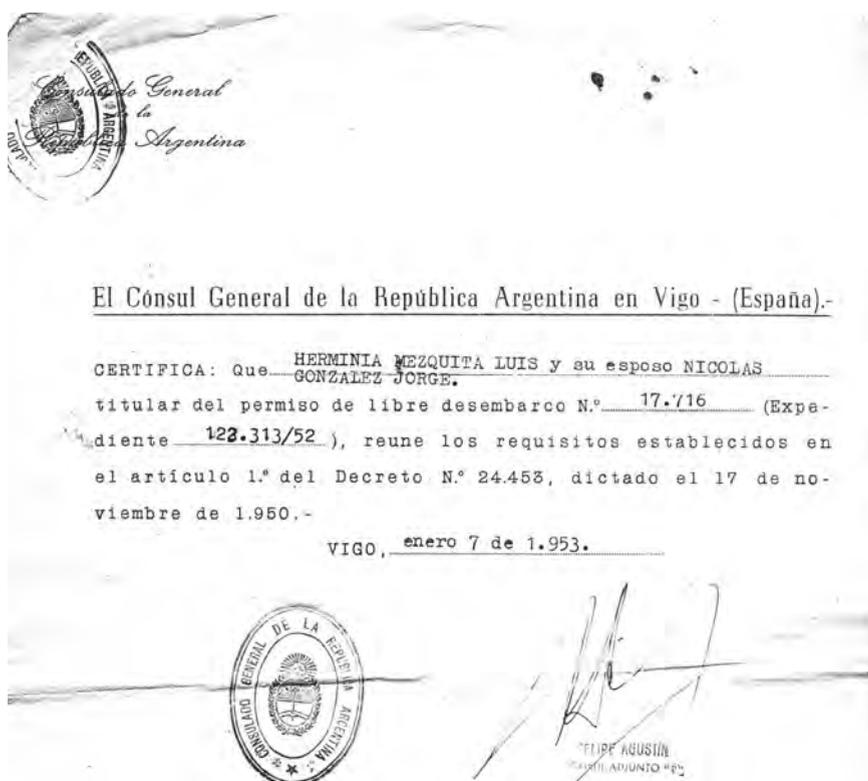
Para poder vivir en Argentina era necesario que los parientes residentes se hicieran responsables de quienes querían cruzar el Atlántico. El permiso para entrar se conseguía con una invitación o carta de llamada, “no cualquiera podía venir pues era necesario demostrar que se tenía un oficio, que no tenías problemas de salud, que no eras mendicante y que nunca habías tenido problemas con la justicia”.

La partida fue del puerto de Vigo en un barco que se llamaba Córdoba, en el mes de enero de 1953, con su hija de tres años (mi madre), luego tendrían un hijo varón en Argentina. También los acompañaba Juana González, casada meses antes desde España con Víctor Mezquita, residente en Argentina desde hacía algunos años junto con su hermana Gloria Mezquita.

La partida dejó un profundo sentimiento de tristeza que produjo recuerdos imborrables respecto a los datos precisos sobre la fecha de partida y de llegada, anécdotas curiosas, nombre del barco que los transportó, condiciones del viaje. Muchos guardaron los documentos necesarios para el viaje que tantos esfuerzos les había costado reunir: el pasaporte, la visa y los certificados de ingreso, de buena conducta, de buena salud, de aptitud física y de no mendicidad.

Cuando mis abuelos salieron de España pensaban que lo hacían para mejorar su situación económica, pero al mismo tiempo esperaban regresar en poco tiempo. Esto fue cambiando al pasar los años, pero nunca desapareció la nostalgia por la tierra que dejaron, por la familia que dejaron en España, por los paisajes en los que habían vivido sus aventuras juveniles.

El viaje fue difícil debido a problemas derivados de la larga travesía. La escala en las Islas Canarias permitió el acceso a paisajes y gentes diferentes que abrían un mundo nuevo y lleno de incertidumbres. “El barco de carga que nos trajo era el Córdoba, de la empresa Dodero, y tardaba 16 días en hacer el trayecto. Salimos el 13 de enero de 1953 de Vigo. La partida se había demorado por motivos ajenos. Viajamos descompuestos por los mareos y el cambio de alimentación. Si bien la comida era buena en general, teníamos que subir y bajar en distintos niveles del barco. Todos trataban de divertirse y se iban a bailar aunque luego teníamos que dormir en camas de dos pisos que eran camastros.”



Permiso de libre desembarco.

La llegada a Buenos Aires permitió el primer contacto con quienes habían sido las referencias locales. Numerosos primos de la familia Martín y los hermanos que más tarde volverían a España en la década de los ochenta. “Llegamos el 29 de enero, nos encontramos desorientados en Buenos Aires y extrañábamos todo. Fue una aventura que ahora no se hace porque en pocas horas se llega a Madrid”.

Las experiencias de los recién llegados fueron parecidas a las de otros inmigrantes, tal como surge de las historias contadas por compatriotas que compartieron tardes de sidra, café, tortas e interminables partidas de naipes jugando a la “brisca”. Pero cada uno de ellos imprimieron a sus experiencias rasgos distintivos que los hacen particularmente interesantes, y que reflejan sus personalidades y sus pautas culturales que permitieron una mayor o menor adaptación a las nuevas realidades.

La adaptación a un espacio geográfico muy diferente, a nuevas necesidades edilicias, de comidas, costumbres y vestido y a nuevas actividades económicas, demandó considerables esfuerzos a los inmigrantes. Los testimonios dan cuenta de las dificultades enfrentadas a poco de llegar a Mar del Plata: una ciudad marítima de actividades turísticas ubicada en la costa sur de la provincia de Buenos Aires que actualmente tiene unos 700.000 habitantes de población estable. El clima es ventoso y húmedo, muy diferente del que tenía la población de la seca meseta castellana de la que provenían.

Los que ya tenían varios años de residencia trataban de hacer lo posible para lograr la integración en el medio local. También favoreció este proceso pertenecer al Centro Leonés que hoy es el Centro de Castilla y León. Al mismo tiempo mantenían fuertes vínculos con los familiares que habían permanecido en España. La experiencia de la migración fue traumática. “Las costumbres eran diferentes y no sólo porque era un cambio del pueblo a la ciudad, sino porque era a otro país. Cambiaban los nombres de las cosas, de la comida. La que más extrañó fue la niña, que sentía la ausencia de sus abuelos, de su familia, en definitiva de su gente.”

El problema de la identidad estaba presente en todo momento y ocasionó diferentes situaciones. El medio fue de reacciones diversas frente a los recién llegados. Mientras algunos daban muestras de buena disposición, otros mostraban alguna agresión cuando los calificaban de “gallegos” sin hacer referencia a su origen geográfico y con alguna reminiscencia xenófoba.

Un problema preocupante fue cómo conseguir trabajo, las oportunidades laborales escaseaban y la economía argentina no era floreciente. Para mi abuelo, “Ser inmigrante sin tener un negocio o profesión específico es para penurias”. En una primera etapa fue necesario recurrir a la generosidad de los familiares y luego obtener trabajo a partir de las relaciones que se establecían con la ayuda de familiares y recientes amigos. Los hermanos estaban ocupados en

el sector terciario y buscaron con escaso éxito oportunidades para los recién llegados. El tiempo pasaba y las deudas eran acuciantes, “los pasajes se habían pagado con un préstamo y era necesario devolverlo, para complicarlo todo una operación urgente de apéndice a Herminia aumentó las deudas familiares. No teníamos un centavo pero no quise que fuera al hospital, quería que estuviera segura y así fue a la Clínica Colón”.

Nicolás se desempeñó como empleado en diferentes rubros hasta que consiguió trabajo en el aserradero de la familia Martín, “La Cajonera Argentina”, allí formó un núcleo de primeras amistades. “No pude trabajar como carnicero porque los cortes de las carnes eran diferentes. Tuve que hacer trabajos que nunca había hecho, primero comprando cueros y lana por las chacras y luego en el aserradero. Un amigo de Puebla de Sanabria, Paulino, le prometió ayudarlo, porque exportaba, pero por algunos contratiempos en estas actividades, pasó a trabajar con su primo Valentín en el aserradero con máquinas peligrosas para cortar madera”. “Tenía que ir a trabajar temprano cuando todavía era de noche en pleno invierno”.

El desconocimiento propició algunas bromas en su nuevo trabajo, como cuando le pidió a su mujer un delantal porque se ensuciaba, y pensó en un delantal corto pero su mujer le hizo uno largo y todos los llamaban el “doctor”, o como cuando empezó a trabajar con guantes porque “cuando tuve que hacer el documento se me habían gastado las huellas digitales por el contacto con la madera, entonces me puse guantes y aunque al principio todos se reían, luego todos terminaron usando guantes. Recuerdo a un buen amigo, Hilario, que había perdido dos dedos y era de San Fernando, de Buenos Aires”.

Al mismo tiempo, luego de una etapa en la que vivieron juntos con sus hermanos, decidió alquilar una casa en la zona de Avellaneda y Funes. Por esa época también había alquilado una librería, ingresando como afiliado fundador a un gremio local de vendedores de diarios y revistas. El emprendimiento era familiar y los esfuerzos compartidos. Con el tiempo construiría la librería “La Facultad”. En la misma actividad, cada uno con su negocio, se desempeñaron las familias de Gloria y Víctor. “En esos años se podía comprar a pagar en cuotas, a varios años, y así compraban todos. Pero hicimos mucho sacrificio, hicimos de todo... Trabajamos mucho y algunas veces nos dormíamos de parados”.

Tratar de lograr una adaptación no significó abandonar las costumbres ni olvidar las raíces. A este último aspecto contribuyó en no menor medida las relaciones entabladas con españoles con quienes podían compartir recuerdos y vivencias comunes del “terruño”.

En la primera etapa fue importante la relación con otros inmigrantes, algunos de la misma zona en Zamora, con quienes podían preservar sus costumbres y su historia y compartir las nuevas experiencias tanto como el

recuerdo de las pasadas. En diferentes etapas, hay un recuerdo especial para “Benedicto de Bercianos, con Pablo, del mismo pueblo, con algunos italianos y con Naveria y Rivas, amigos gallegos. La lista sería larga pero en cuanto a personajes no podríamos dejar fuera al turco Alí, un prodigio de hospitalidad y cordialidad”.

El contacto con el medio local trajo con el tiempo entrañables amigos argentinos que fueron aumentando en función de relaciones personales y hasta comerciales. La identidad como inmigrantes se construyó en relación con el medio, manteniendo costumbres personales traídas de más allá del Atlántico, en comparación con las costumbres locales, para poder definirse frente a los demás. A esto contribuían los que los definían, por ser extranjeros, como iguales o diferentes, los “otros”. Con su historia y su memoria, los inmigrantes se paraban frente a los “otros” para legitimar su imagen y su presencia en los espacios americanos.

La historia de los inmigrantes contribuye a la construcción de la Historia Argentina contemporánea. La pertenencia y el desarraigo forman parte de una relación dialéctica en la definición de su identidad. Lejos del síndrome “Aquiles”, sufrieron la disyuntiva entre el “allá” y el “acá”. Con mucho esfuerzo integraron en diferente grado los dos ámbitos, y se convirtieron en verdaderos “anfibiaos culturales”. También fue importante la transmisión de una forma de ver la vida a sus descendientes a través de comidas, música y tradiciones.

Hoy todo es más fácil y si pudieran adquirir los hábitos relacionados con el mundo de las pantallas, hasta podrían leer los diarios de Zamora por Internet, pero cuando llegaron perdieron la posibilidad de tener noticias del “pueblo” ya que sólo tenían las cartas, los telegramas, algún excepcional llamado telefónico, las noticias en el “parte” o alguna película y el NO-DO.

Tuvieron que enfrentar el problema de la identidad. Fue difícil mantener la dignidad de usos y costumbres y al mismo tiempo conseguir la aceptación en el nuevo medio en el que desenvolvían sus actividades. En la precariedad de una situación semejante algunos optan por suprimir parte de lo que son, pero mis abuelos no han renunciado a nada, ya que al contrario, han integrado las novedades en su identidad original.

A lo largo de los años permanecen comentarios sobre cuestiones relacionadas con las nacionalidades. “Estando aquí nos acordamos de allá, y cuando pudimos viajar a ver la familia nos acordábamos de acá. Somos “americanos” en España y “gallegos” en Argentina”. Estos comentarios realizados a propósito del viaje que mis abuelos realizaron a España en 1978 se relacionan con las sensaciones encontradas que vivieron al regresar a su pueblo. Nicolás recuerda: “Cuando volví a España en el primer viaje llegué a las tres de la mañana por un atraso en el horario del avión y me pareció que estaba en otro mundo. Vi el pueblo que parecía un conjunto de casas, eran diferentes de lo

que tenía en mis recuerdos y había luna llena... había una luna que parecía un sol. Mi padre me pareció muy viejo, la gente me venía a saludar y a algunos no los conocía, habían pasado 25 años y mucha gente se había ido del pueblo...” Se encontró con familiares y amigos, todos preguntaban por la Argentina, otros no estaban porque “habían salido a Alemania y les había ido bien, con el tiempo se jubilaron”. El regreso a España fue muy intenso y puso en evidencia que “el problema estaba ahora en que era una situación compleja porque estaba tironeado entre el dolor por despedirme de la familia española y las ganas de estar con mi familia en Argentina”.

Mis abuelos, con el tiempo, se convirtieron en lo que alguna vez escuché: “anfibiaos culturales”. Esto creo que fue un largo proceso de transformación. Primero pertenecieron a una cultura y asistían a espectáculos españoles tales como las Romerías de España, o asistían a espectáculos protagonizados por artistas españoles como Miguel de Molina entre otros. En la presentación de este cantante en la década de los sesenta en Mar del Plata, se produjo una auténtica avalancha de público que ocasionó no pocos peligros. Luego, fueron asistiendo a las presentaciones que anualmente ofrecía el ballet español de Angel Pericet pero, al mismo tiempo, disfrutaban del folklore argentino con Los Fronterizos. Otro ejemplo de esta dualidad en su identidad está en el fanatismo con que miran los partidos de fútbol transmitidos por televisión tanto si juega el Real Madrid como si lo hace San Lorenzo de Almagro, un club de mayoría de inmigrantes españoles frente a la mayoría de italianos adeptos a Boca Juniors.

La muestra más evidente de lo que significa ser emigrante se puede comprobar en la actualidad, porque conocemos muchas personas que forman parte de procesos migratorios en todo el mundo, en su mayor parte, e irónicamente, hacia Europa. Un caso son los argentinos que van a España para mejorar su situación económica. Para mi abuelo “ser inmigrante tiene cosas malas y buenas, si hago un balance tengo cosas buena y malas. Buenas son que tengo buenos hijos y buenos nietos, malas es que siempre estás un poco a contramano”.

Las personas que se van de sus lugares de origen, aún las que no tienen familia o conocidos, siempre dejan algo detrás que añorarán en diferente medida aunque crean que pueden suplirlo con otras cosas. Pueden adaptarse al nuevo país o lugar al que llegan pero primero tienen que pasar una serie de etapas, yo mas bien diría “pruebas”, que marcarán para siempre sus vidas y sus personalidades dejando en ellos cicatrices que yo creo, al menos por la situación que me tocó observar, nunca se cerrarán y siempre estarán recordándoles aquello que dejaron atrás.

Mi hermano ya falleció (1996) y una de mis termanas también (2004). A ninguno de los dos pude ir, por supuesto, para el sepelio.

Tengo 31 años de casado, en plena armonía con mi esposa y con cuatro hijas que tengo, mayores de 18 años las cuatro (dos casadas, una separada y la menor soltera).

Las dos menores y yo figuramos en el censo electoral de Zamora. La segunda en el de Madrid. Emitimos puntualmente nuestro voto a excepción de mi hija mayor que nunca ha recibido las papeletas. (En febrero pasado tampoco recibió las papeletas para el referéndum el 20 de febrero. En fecha 3 de ese mes yo remití una carta de reclamación a la Sra. Presidente de la Junta Provincial de Zamora. Aún no he obtenido respuesta).

¿Mi perfil moral...? De costumbres muy austeras, vivo muy entregado a mi trabajo con la gente carenciada, volviéndome cada vez más sensible a las necesidades de los demás, precisamente en un país tan empobrecido por los malos gobiernos que estamos teniendo. ¡Muchos trabajadores están sin trabajo! Y recogiendo materiales descartables [sic] por las calles, apenas juntan para hacer una comida al día. ¡Me duele que haya tantas desigualdades sociales! Hay sectores que están lanzando un SOS a ONGs que quieran ayudarles, porque han perdido la confianza en las instituciones gubernamentales que podrían hacerles salir de ese estado de indigencia.

Las personas con quienes contacto cada día no son holgazanes que piden limosna sino trabajo para poder ganarse la vida. Yo les preparo en un oficio; les capacito laboralmente; y encuentro después trabajo para algunos, pero la mayoría... sólo encuentra chapuzas para ir sobreviviendo.

¡Me hubiera gustado haber hecho mucho más por esta gente!